

# Teorías de la guerra en el contexto político de comienzos del siglo XXI

Vicent Martínez Guzmán

Director Cátedra UNESCO Filosofía Paz

Universitat Jaume I

Centro Internacional Bancaja para la Paz y el Desarrollo

Castellón

martguz@fis.uji.es

Publicado como:

MARTÍNEZ GUZMÁN, VICENT (2004): «Teorías de la guerra en el contexto político de comienzos del siglo XXI», en MURILLO, I. (ed.) (2004): *Filosofía práctica y persona humana*, Salamanca, Servicio de Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca. Ediciones Diálogo Filosófico, 479-492.

Versión corregida febrero 2006.

## Introducción

En estas reflexiones\* en primer lugar situaré el tema de la guerra en los comienzos de este siglo dentro de la perspectiva de la manera de entender la filosofía de la paz en que vengo trabajando. En segundo lugar repasaré algunas propuestas de cómo se entiende la guerra desde algunas investigaciones realizadas por autores y autoras que estudiamos desde la investigación para la paz y, finalmente, propondré algunas alternativas a la guerra fruto de la combinación de mis propias propuestas filosóficas y la investigación para la paz.

## Cambio de paradigma en el estudio de la guerra

Desde hace unos años vengo elaborando una filosofía para la paz (Martínez Guzmán, 2001) que trata de aplicar los instrumentos de reflexión filosófica en que me he formado

---

Estas reflexiones forman parte del proyecto de investigación «Campañas de sensibilización y publicidad con fines sociales. Los problemas de integración, de maltrato y los conflictos violentos» financiado por Ministerio de Ciencia y Tecnología con el código BSO2001-3218.

a la transformación pacífica de los conflictos humanos. Para ello he tenido que utilizar mi propia formación filosófica en el campo de estudios que viene denominándose Investigación o Estudios para la Paz.

Un primer escollo ha sido que en cuanto intentaba estudiar la paz aparecía enseguida el tema de la guerra, de la violencia más general o de los conflictos. En ese sentido incluso los primeros estadios de la Investigación de la Paz eran más estudios polemológicos, estudios de la guerra, violentología o conflictología que propiamente estudios para la paz. Para saber sobre la paz, se estudiaba precisamente lo que no era paz. Se tenía así una gran riqueza de matices sobre las guerras, la violencia o los conflictos y se suponía que la paz era su negación. Se estaba dentro del paradigma de la paz negativa. De esta manera se hacía el juego a los señores de la guerra herederos del viejo dicho romano *si vis pacem para bellum*. En segundo lugar se llegaba a aceptar una cierta inevitabilidad de la guerra, en nombre de un llamado realismo con afirmaciones del tipo «siempre ha habido guerras y las habrá». Finalmente este paradigma centrado en la guerra, a mi juicio, dejaba ciegos a quienes investigaban la presentación de alternativas a la guerra, para ver, precisamente, las competencias pacíficas de los seres humanos capaces de transformar sus conflictos por medios pacíficos. Estábamos, y me temo que estamos, inmersos en las culturas de guerra.

Incluso el esfuerzo realizado por investigadores de la paz como Galtung (1993a; 1993b; 1996a; 1996b; 1998) empiezan a hablar de paz positiva y hasta de cultura para la paz, pero como negación de la violencia estructural en el primer caso y de la violencia cultural en el segundo. Hay que decir no obstante, que al hablar de paz positiva como alternativa a la violencia estructural desde los años 50, Galtung ya da una tarea positiva a trabajadores y trabajadoras por la paz: promover el desarrollo humano para conseguir la satisfacción de las necesidades básicas de todos los seres humanos. Sin embargo en mi interpretación, conceptualmente sigue dentro del paradigma de la negatividad, la violencia sigue siendo el punto de partida.

En la propuesta en que vengo trabajando necesitamos cambiar el paradigma de la negatividad. Intento hacerlo desde los instrumentos de la filosofía occidental en que me

he formado. Hay que ser consciente de este horizonte hermenéutico del que parto porque una de las características de la metodología que vengo utilizando es que mis propias propuestas han de estar abiertas a otras formas de considerar las paces desde otras culturas. Llevar las razones que nos damos para hacer las paces al tribunal de la razón, es decir, someterlas a la interpelación de todos los seres humanos sean de las culturas que sean, es a mi juicio, una actualización desde la filosofía discursiva de las propuestas de Kant. Además al hablar de razones no me quedo en la mera racionalidad opuesta a los sentimientos, sino que también incluyo en los análisis de las maneras de hacer las paces la expresión de los sentimientos. En cualquier caso, razones y sentimientos han de estar abiertos a la interpelación de la intersubjetividad y la interculturalidad.

El nuevo paradigma de paz positiva en el que vengo trabajando, además de basarse en las propuestas filosóficas que veremos a continuación, también toma como referentes, al menos, tres aportaciones de investigaciones de disciplinas afines:

1) En primer lugar desde la antropología cultural hay una línea de investigación que estudia las características de las culturas de grupos humanos que han organizado y organizan su convivencia de manera pacífica. Recuperan la vieja noción de historia natural de la paz entendida como «la posibilidad de una descripción holística y diacrónica de la paz como la norma de la mayoría de las sociedades, lo cual significa que la paz es natural» (Sponsel, 1996: 96) según su terminología.

2) En segundo lugar la teoría de los conflictos ha pasado de fases en las que se pensaba que los conflictos eran algo negativo que había que resolver a toda costa, a admitir que forman parte de las relaciones humanas y que lo que hay que hacer es gestionarlos y transformarlos, en nuestro caso, por medios pacíficos (Fisas, 1998; Lederach, 1995). Serán positivos o no dependiendo de cómo los regulemos y transformemos.

3) En tercer lugar desde el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada (Muñoz, 2001) se recupera la investigación sobre la paz positiva renunciado a una paz total o absoluta y destacando aquellos momentos de la historia en que podemos hablar

de paz imperfecta como la creación de instrumentos pacíficos para la regulación de los conflictos humanos. La paz imperfecta serán aquellos momentos del proceso de la historia que nos dan indicadores para seguir construyendo la paz.

Mis propuestas filosóficas asumen específicamente que los conflictos son inherentes a las relaciones humanas como una actualización de la frase de Kant de que los seres humanos nos caracterizamos por una «insociable sociabilidad». En mi interpretación las relaciones humanas son conflictivas aludiendo incluso al significado etimológico de conflicto (de *fligere*) en el sentido de que necesariamente chocamos unos y unas con otras y otros. No obstante, el prefijo de compañía *co-* indica que estamos entrelazados necesariamente. Por tanto de manera realista podemos decir que estamos unidos para odiarnos, marginarnos, excluarnos y hacernos la guerra; pero también para querernos, integrarnos o crear instituciones de justicia, democracia o derecho internacional que regulen por medios pacíficos la transformación pacífica de los conflictos que tenemos cuando chocamos.

Aplicando la fenomenología lingüística, la teoría de los actos de habla y la filosofía del discurso, podemos decir que las acciones humanas las realizamos o performamos los seres humanos y siempre podemos pedirnos cuentas de cómo las configuramos. Nosotros los pacifistas somos los genuinos realistas porque reconocemos que tenemos competencias o capacidades para transformar nuestros conflictos promoviendo todo tipo de violencia, pero también tenemos competencias para afrontarlos por medios pacíficos y siempre podemos pedirnos cuentas por cómo nos hacemos decimos y callamos las cosas. La filosofía para hacer las paces será la reconstrucción normativa de las competencias humanas para hacernos las cosas de manera pacífica en las múltiples maneras en que los seres humanos individualmente e insertos en diferentes culturas sabemos hacer las paces.

Es más, las paces, la paz, es un término positivo que aparece originariamente en nuestras relaciones. Es condición de posibilidad de su desarrollo y también, desgraciadamente, de su propia ruptura. Si no tuviéramos la «oscura metafísica moral» que decía Kant de que somos capaces de vivir en paz, la razón práctica no impondría su

veto «no debe haber guerra». No entenderíamos lo que es la violencia en general o la guerra en concreto, sino partiéramos del presupuesto de que podemos vivir en paz. Lo que ocurre es que en la configuración o «performación» de nuestras acciones, originariamente actuamos de manera pacífica y no lo especificamos porque sería redundante y a veces, quizá demasiadas, rompemos esas condiciones pacíficas originarias y hacemos la guerra, o provocamos la marginación, la exclusión y la miseria como formas más sutiles de violencia. De ahí que la paz, además de ser condición de posibilidad de toda acción humana sea también meta a alcanzar indefinidamente, siempre en proceso de paces imperfectas. En cierta manera podríamos decir que la paz es un trascendental pragmático, con una circularidad hermenéutica positiva. Es pragmático porque se muestra fenomenológicamente en la práctica de nuestras relaciones y por eso podemos reconstruir normativamente las diferentes maneras de hacer las paces a partir nuestras propias acciones.

Por consiguiente, la guerra hay que entenderla desde la paz y no hay que interpretar la paz desde la guerra o la violencia en general como veníamos haciendo y que sólo nos daba sentidos negativos de paz. Este cambio de paradigma hacia las maneras positivas de hacer las paces, no es por mero prurito académico. Se trata de desconstruir los argumentos que llevan a las desgraciadas consecuencias de bombardeos, hambrunas o exclusiones, sobre todo, cuando pretenden que se les reconozca una absoluta necesidad lógica, una total inevitabilidad. En las culturas de las guerras, se consideran argumentos irrefutables, que «siempre ha habido guerras y las habrá» o que «siempre ha habido ricos y pobres y los habrá». Especialmente, si los que damos estos argumentos estamos en las partes dominadoras y ricas del mundo. Estos son los argumentos que se consideraban realistas.

Sin embargo, según nuestra propuesta son argumentos idealistas en el peor de los sentidos. Son argumentos ideológicos que encubren la realidad precisamente porque tratan de negar la posibilidad de alternativas por medios pacíficos para afrontar los conflictos humanos. De ahí que denunciemos que no sólo la posibilidad de argumentar de esa forma, sino la utilización de los bombardeos, o el incremento de las desigualdades entre países ricos y pobres, sólo somos capaces de entenderlos y hacerlos

porque sabemos que podemos hacernos las cosas pacíficamente. Nuestro empeño está precisamente en reconstruir los medios pacíficos de hacernos las cosas, como veremos a continuación.

### **Guerras para el siglo XXI desde algunas propuestas de Investigación para la Paz**

Como instrumento de análisis de la situación de los conflictos armados en el mundo, la revista *Journal of Peace Research* viene publicando cada año unos análisis a partir de una base de datos construida desde 1993 siguiendo las hipótesis de trabajo que resumo a continuación (Eriksson, Wallensteen et al., 2003) :

1. Entienden por conflicto armado una reñida incompatibilidad en relación a un gobierno y/o un territorio, en la que dos partes, al menos una de las cuales es el gobierno de un estado, usan la fuerza armada con el resultado de al menos 25 muertes. El estado y el territorio están ligados a la noción de soberanía.
2. El conflicto armado es de baja intensidad cuando el número de muertes en el curso de conflicto es mayor de 25 y menor de 1000. En el año 2002 había 10 conflictos de este tipo, igual número que en 2001.
3. El conflicto armado de alta intensidad se divide en intermedio y guerra. Es intermedio cuando hay más de 1000 muertes a lo largo del conflicto pero menos de 1000 en un año. En 2002 ha habido 16 de este tipo, dos más que en 2001.
4. La guerra es el conflicto armado de alta intensidad en el que hay más 1000 muertos en un año. En 2002 la cifra de guerras se ha reducido a 5 comparado con el año 2001 en el que había 11: Burundi, Colombia, India (Cachemira) Nepal y Sudán. La disminución se debe a que finalizaron las guerras de Afganistán, República Democrática del Congo y Sri Lanka, mientras que las de Argelia, Rusia, Ruanda y Estados Unidos produjeron menos de 1000 muertes. Evidentemente con la invasión de Irak, Estados Unidos volverá a sobrepasar los 1000 muertos.

En 2002 estalló el conflicto armado en Costa de Marfil que ese año fue de baja intensidad. Se firmaron acuerdos de paz en Angola, Burundi y República Democrática del Congo. Del total de los 31 conflictos armados de 2002, 26 son intraestatales, 4 intraestatales internacionalizados y 1 interestatal.

Estos datos empezaron con el «hito histórico» que supuso el final de la Guerra Fría desde 1989 y desde la investigación de 2002 (Gleditsch, Wallensteen et al., 2002) se retrotraen al final de la Segunda Guerra Mundial como primer «hito histórico» comenzando en 1946.

La información que proporcionan estos análisis es que hay una disminución del uso de la fuerza armada para conseguir fines políticos. Sin embargo, debido a un tercer «hito histórico» que serían los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha habido un incremento del sentimiento de inseguridad en muchas partes del mundo. Este sentimiento se debe sobre todo a las nuevas formas que adopta el terrorismo al que definen en términos muy genéricos como aquellas «acciones que infunden miedo y sentimientos de humillación y que demandan una acción en su contra» (Eriksson, Wallensteen et al., 2003: 597). Aunque inicialmente se entendía como un tipo de violencia política, en la actualidad el término terrorismo llega a incluir actividades criminales y de gangsterismo. A menudo va dirigido contra objetivos civiles y símbolos de la sociedad y no sólo gubernamentales. Los actores van disfrazados de civiles y llegan a cometer actos suicidas. Aunque las tendencias estadísticas indican una disminución del terrorismo, desde el 11 de septiembre de 2001 hay un mayor impacto social. De ahí que estos autores propongan las siguientes 4 vertientes de análisis:

1. Hay que distinguir el terrorismo del terror. De hecho el terror está implícito en el uso de las armas que muchas veces aterrorizan a la población. Sin embargo, las acciones armadas de terror no se usan directamente contra objetivos civiles sino militares. Al menos esta característica es la que debería exigirse a los gobiernos que se consideran democráticos. Incluso la guerrilla, inicialmente, intenta incorporar a la población más que aterrorizarla.

2. El terrorismo puede servir como complemento a las acciones armadas tradicionales. A veces se usa para llamar la atención o negar el sentimiento de derrota o debilidad en un conflicto «tradicional». Además suele ser realizado por fuerzas «complementarias» como los paramilitares o Hamas y la Jihad Islámica. De hecho a veces ha servido para incrementar la fuerza política de determinados grupos.

3. Para algunos grupos el terrorismo es más importante que la acción armada tradicional. Puede ocurrir que la parte terrorista no tenga posibilidad de mantener una lucha armada convencional y entonces recurren a las tácticas de «golpea y corre» sobre todo a objetivos de baja resistencia, normalmente civiles, incluso para financiarse con la toma de rehenes. No obstante puede tener el efecto de aislar cada vez más a los grupos terroristas e incluso a separarlos de la población.

4. Finalmente están los grupos que sólo usan como recurso el terrorismo. Este es el caso de Al-Qaeda que tiene objetivos globales contra la influencia de Estados Unidos de América en todo el mundo. No distingue entre objetivos militares y civiles. Aunque tenían tropas bajo el régimen de los Talibanes en Afganistán, las acciones terroristas son desarrolladas por pequeños grupos fuertemente comprometidos, bien educados y confortablemente financiados. Sus objetivos precisamente por globales a veces son confusos y difusos. No tiene el propósito tradicional de sustituir un gobierno por otro, sino de eliminar al enemigo y a sus apoyos internacionales, y cambiar radicalmente la política y la sociedad. Normalmente buscan el impacto mediático y pueden conseguir apoyo moral y emocional.

Las dos primeras formas de terrorismo tienen más lazos políticos y pueden desaparecer con soluciones políticas. La tercera ya es más difusa, puede perder sus objetivos políticos y a veces se sostiene por meros motivos económicos e incluso de codicia. El terrorismo global es el más actual y es todavía más difícil de abordar porque son difusos los actores políticos con quienes dialogar y alcanzar acuerdos. Sin embargo tiene raíces políticas como la frustración por la falta de democracia o de progreso en significativas partes del mundo.

Los autores citan un informe del mismo Banco Mundial que habla de la trampa de los conflictos armados, especialmente los civiles, y la falta de desarrollo de los pueblos (Collier, Elliott et al., 2003). Aunque podríamos matizar el concepto de desarrollo que el Banco Mundial maneja, no deja de ser sintomático que una institución como esta mencione los problemas de desigualdad profunda en el mundo como últimas raíces políticas de las guerras, el terrorismo e, incluso, las guerras civiles en el marco de la globalización económica unilateral.



El problema con el término terrorismo en estos nuevos contextos es que forma parte de una trama de conceptos, como el de «justicia infinita», «libertad duradera», «ántrax», «eje del mal», «civilización contra barbarie» y otros, que algunos autores consideran parte del lenguaje de guerra en el que nos movemos y que se puede considerar un lenguaje colateral (Collins y Glover, 2003). En las guerras actuales lideradas por los gobiernos de EEUU paralelamente a los daños colaterales, más allá de los objetivos militares previstos, este lenguaje impuesto por los señores de la guerra llega a ser él mismo terrorista porque «convierte a los civiles en sus objetivos y genera miedo para ejecutar cambios políticos» (12).

Así la misma palabra terrorismo sólo tiene sentido para justificar cualesquiera acciones de la «guerra contra el terrorismo», sin someterlas a ninguna garantía de ninguna institución internacional. Es un término inventado que se evita definir con precisión porque en cualquier concreción se podrían incluir algunas acciones del mismo gobierno de EEUU en diferentes épocas. Si es violencia con fines políticos, así se hizo en Vietnam, y recientemente en Afganistán e Irak. Si es violencia perpetrada por actores no estatales contra un Estado soberano, de esa manera actuaron los contras nicaragüenses apoyados por EEUU. Si es violencia cometida por gobiernos democráticos, así actuaron los dictadores de América Latina, adiestrados por EEUU. Si es violencia contra civiles inocentes, así resultan los bombardeos de Irak y finalmente si se trata de provocar el pánico entre la población para presionar al gobierno, terror es lo que provocó el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki. Por este motivo se huye de definiciones precisas de terrorismo y se convierte en un concepto ideológico para legitimar cualesquiera acciones contra lo que se considera terrorismo. Se llega a una definición circular: «el “terrorismo” es lo que hacen los “terroristas”. Y ¿quiénes son los terroristas? Bueno, nosotros sabemos quiénes son, porque ya los hemos identificado: son los que comenten “terrorismo”» (255); o en otros contextos «los enemigos de la libertad» (251). El problema es que no son sólo palabras, sino que como todo lenguaje en acción performan o configuran relaciones humanas; lo que sea terrorismo y la guerra contra el terrorismo producen acciones que generan muchísimo sufrimiento humano. «Su utilización, por parte de los líderes políticos y militares, conduce directamente a la violencia en forma

de guerras, asesinatos en masa (incluido el genocidio), destrucción física de comunidades humanas y devastación del entorno natural» (18).

De hecho Mary Kaldor (2001) considera que hay que mantener el término «guerra» para las nuevas guerras para subrayar el carácter político de un nuevo tipo de violencia que desdibuja las distinciones de las guerras tradicionales por motivos políticos como la violencia entre estados o grupos organizados, el crimen organizado que busca el beneficio económico para grupos privados, y las violaciones a gran escala de los derechos humanos. Sus propuestas estarán presentes en mis propias reflexiones realizadas desde los presupuestos de la filosofía para hacer las paces que he resumido en la primera parte.

### **Las nuevas guerras desde las posibilidades de hacer las paces**

Coherentes con los presupuestos filosóficos de la primera parte, entendemos las nuevas guerras como rupturas de las formas posibles de hacer las paces que sabemos que tenemos los seres humanos. Para ello hay que situarlas en amplios contextos de análisis que no sólo afectan a la situación bélica mundial, sino también a las desigualdades producidas por la globalización económica unilateral, que provocan rebeliones de excluidos o luchas por conseguir el dominio económico global, muchas veces revestidas de expansión de la democracia y los derechos humanos, cuando no de principios religiosos y culturales tan fundamentalistas como aquellos a quienes se consideran terroristas.

Jessica Stern (2001: 11), miembro del Consejo de Relaciones Exteriores de los EEUU, hacía la siguiente consideración nueve días después de los atentados del 11 de septiembre de 2001:

La guerra contra el terrorismo debe ser librada en varios frentes y con todos los recursos de que dispone el gobierno norteamericano: diplomacia, información y, cuando se haya identificado al responsable, incursiones militares. Pero ni siquiera las armas serán suficientes. El objetivo de los Estados Unidos debería ser drenar los pantanos donde proliferan los terroristas, y eso requiere una suma de medidas: la interrupción del flujo de dinero para esos grupos, la ayuda de los servicios de

Inteligencia y la participación de las Fuerzas Armadas. También, y, más importante aún, es necesario comprender que los Estados con serios problemas, o en vías de tenerlos, son importantes santuarios y al mismo tiempo proveedores de la causa extremista. Cuando se recuerda Pearl Harbor, habría que pensar también en el Plan Marshall. El deseo de venganza en un momento como este es perfectamente comprensible. Estamos traumatizados como nación. Pero nuestra meta debe ser evitar futuros ataques del enemigo. No podemos darnos el lujo de obedecer el impulso emocional de devolver el golpe arriesgando la seguridad del país a largo plazo. Una respuesta armada apresurada, emocional o mal planificada, sólo podría empeorar la situación en lugar de mejorarla.

En mi interpretación vemos que en los propios Estados Unidos había intuiciones, si se quiere en terminología kantiana una oscura metafísica moral, de que la lucha contra el terrorismo podría ser por medios pacíficos, que se han visto rotos por «una respuesta armada apresurada, emocional o mal planificada» que, como estamos viendo en Irak, «sólo podría empeorar la situación en lugar de mejorarla». La misma Stern reclamaba un plan de desarrollo económico para los Estados con serios problemas si se quería hacer frente al terrorismo.

En nuestro análisis proponemos la urgencia de hacer frente a la pobreza mundial generada por una globalización económica que, en realidad, es la imposición unilateral de una determinada manera de entender la economía. En el informe del PNUD de 1997 (PNUD, 1997: 126) se decía que «dar acceso universal a los servicios sociales básicos y las transferencias para mitigar la pobreza de ingreso, con una orientación eficiente costaría unos 80.000 millones de dólares. Eso es menos del 0,5% del ingreso mundial y menos que el patrimonio neto combinado de los siete hombres más ricos del mundo... La falta de compromiso político, no de recursos financieros, es el obstáculo real que se opone a la erradicación de la pobreza». Rompiendo la lógica de las guerras sabemos que para recuperar la paz originaria de las relaciones humanas, porque no se puede vivir en paz sino se sobrevive, hace falta el compromiso político que aquí está calculado en dólares. Además, aunque para vivir en paz es una intuición básica, en la medida en que las desigualdades rompen esa originariedad, la paz con justicia se convierte en meta a

alcanzar. Pero no es una meta ideal y lejana, sino que está calculada con los mismo términos que usa la economía global que produce las desigualdades: en dólares.

Sin embargo, el último informe (PNUD, 2003) ya es un toque de atención a los países firmantes de los objetivos del Milenio en septiembre de 2000 que, entre otros temas, se proponían reducir la pobreza a la mitad, no inmediatamente, como podría hacerse con los cálculos de 1997, sino para el 2015. Pues bien, el informe de este año ya advierte que no se están poniendo los medios para afrontar el tema de la pobreza mundial y se sigue con la dinámica del último decenio en que más de 50 países, algunos de ellos en el marco de los conflictos armados que hemos analizado, se han empobrecido.

Hay que situar las nuevas guerras en ese marco de desesperación. El desencanto con el progreso prometido desde el Norte está llevando a las recuperaciones fundamentalistas de las propias creencias y tradiciones, en lugar de a un diálogo de culturas y creencias para hacer frente a los problemas comunes. En este sentido el 11 de septiembre de 2001 a pesar del impacto mediático, no es un «hito» ni un «jalón» sino parte de una cadena de acciones de Norte a Sur y de Sur a Norte o entre Centro y Periferia que están creando el mundo como es, incrementando las desigualdades y sofisticando la violencia y el sufrimiento humano.

Las alternativas en las que estamos trabajando pasan por tomar la caída de las Torres Gemelas y el atentado al Pentágono, como símbolo de la vulnerabilidad y fragilidad de quienes se sentían invulnerables y fuertes. Tenemos que aceptar la vulnerabilidad y fragilidad como parte de la condición humana, de manera positiva. Es cierto que nos puede producir miedo, pero desde la filosofía para hacer las paces sabemos que el miedo puede general violencia, como la reacción de venganza del gobierno de Estados Unidos o puede buscar formas de expresión de la solidaridad para protegernos mutuamente, personalmente y con la creación y desarrollo de instituciones políticas adecuadas.

En este sentido proponemos (Martínez Guzmán, 2001: 131) el cambio de concepción de lo político, como lo entendía Weber reclamando para el Estado el monopolio de la

violencia física legítima, por la propuesta de Arendt de entender el poder político como la capacidad de actuar concertadamente. Esta capacidad humana de concertación es la que convierte a la política en la forma humana de afrontar nuestra fragilidad. Es cierto que la fragilidad humana puede hacer que nuestras acciones tengan consecuencias imprevisibles. De ahí que necesitemos de la política como la capacidad de compartir palabras y actos.

Por consiguiente estamos trabajando en alternativas a las nuevas guerras que pasen por este nuevo sentido de política por encima y por debajo de los actuales estados nacionales. Se trata de la creación de organizaciones globales como una ONU reformada con un consejo de seguridad reformado; consejos globales de economía que hagan frente a las desigualdades mundiales porque la misma ONU empezó a hablar de «seguridad humana» y no sólo de seguridad armada; organizaciones globales que atiendan a los flujos migratorios no desde las fronteras, sino desde la hospitalidad; organizaciones globales para el diálogo de civilizaciones y religiones; globalización de los derechos humanos reconstruidos desde las diferentes culturas y creencias, asambleas de pueblos indígenas y pueblos sin estado; asambleas de las redes de la sociedad civil global que aporten la voz de los movimientos sociales, desarrollo del Tribunal Penal Internacional, fuerzas policiales globales. Esto serían medidas de gobernanación global, más allá de la restringida soberanía de los estados nacionales.

Sin embargo, también la política como capacidad de concertación ha de promover formas de gobernabilidad por debajo de los actuales estados nacionales: políticas de nacionalidades y regiones representadas en las organizaciones globales; políticas de nacionalidades, regiones y municipios de atención a los flujos migratorios con todo lo que supone de diálogo intercultural local; hermanamientos de regiones y municipios de Norte a Sur y de Sur a Norte; movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales con contrapartes en las diferentes partes del mundo.

Todas estas alternativas y más que se vayan diseñando forman parte de la reconstrucción de las formas positivas de hacer las paces, a partir de las intuiciones originarias que tenemos de cómo podríamos hacernos las cosas de otras maneras. Por eso son realistas,

porque nos capacitan para pedirnos cuentas de que no hacemos lo que podríamos hacer, porque no queremos. Decir que no hay alternativas es esconder ideológicamente la posibilidad real de alternativas que son frenadas precisamente por los señores de la guerra.

Sabiendo todo esto, hablar de guerras justas a estas alturas es una trampa. En primer lugar es una confusión de la traducción de *ius ad bellum e in bello* que en realidad entendía *ius* como el conjunto de normas o leyes a que habían de someterse las declaraciones de guerra y el comportamiento en la guerra, respectivamente. En segundo lugar, en nuestra propuestas «guerra» y «justicia» no encajan. La justicia tiene que ver con la paz positiva y las potenciación de las posibilidades de marginados y excluidos para que encuentren sus propias formas de desarrollo.

Dado que los señores de la guerra siguen promoviéndola, los trabajadores y trabajadoras por la paz debemos estar movilizados intelectual y prácticamente por las alternativas que son reales y realizables. Respecto de la invasión de Irak, en estos días se está celebrando la Conferencia de Donantes para Irak en Madrid que nos da una especial responsabilidad. También en este caso son los movimientos sociales y los centros de investigación de la paz (Núñez Villaverde y Rey Marcos, 2003), los que están haciendo explícitas las alternativas desde la paz positiva a una mera reunión de reparto de intereses en la zona. Evidentemente la oscura metafísica moral kantiana nos indica que lo básico para la paz es la satisfacción de las necesidades básicas de los ciudadanos, no bajo el mandato de los EEUU sino de la propia ONU y la rápida instauración de un gobierno democrático de consenso entre los diferentes grupos que sustituya a la actual Autoridad Provisional de Coalición que, sin atender las necesidades básicas de los ciudadanos, ya ha iniciado un proceso de privatizaciones que incluye el sector petrolífero.

Hablar de guerra civil, también resulta al principio de este milenio una contradicción. La civilidad es precisamente la forma de hacer política que defendíamos como la capacidad de concertación para afrontar las consecuencias que se pueden seguir de la falta de asunción de las fragilidades y medios humanos. En este sentido, pues, no hay

guerras civiles. «Guerras civiles» a pesar de ser un oxímoron (estado salvaje y civil a la vez), podía entenderse en el marco de formas de gobernación limitadas a los estados nacionales que proporcionaban seguridad y gobernabilidad dentro de los límites de su territorialidad. Precisamente acabamos de presentar entre nuestras alternativas, la ampliación de la noción de gobernación por encima y por debajo de los actuales estados nacionales. Por consiguiente no son peores las guerras civiles que las guerras contra los extranjeros. Ya advertía Kant hace poco más de doscientos años que la violación del derecho en una parte del mundo afecta a toda la Tierra.

Finalmente hablar de «guerra preventiva» o «anticipatoria» es ir más atrás de la justificación de la carrera armamentística para «disuadir» al enemigo que fue la política general durante la guerra fría. Ya no sólo hay que disuadir sino que, manipulando el dicho castizo, «el que pega (da) primero pega (da) dos veces». Es, pues, un retroceso moral, una vuelta del estado civil real al teórico y salvaje estado de naturaleza hobbesiano (Held, 2003); dicho de nuevo de forma castiza, es una salvajada como se está viendo en los bombardeos de Israel al pueblo palestino.

Es cierto, por tanto, que hay nuevas guerras en este milenio, pero no tenemos excusa sino responsabilidad, porque tenemos también los medios pacíficos para terminar con ellas.

### Referencias

- COLLIER, PAUL y otros (2003): *Breaking the Conflict Trap: Civil War and Development Policy*, Washington, DC, World Bank & Oxford University Press.  
<http://econ.worldbank.org/prr/CivilWarPRR> (Consulta 20/10/03).
- COLLINS, JOHN y ROSS GLOVER (eds.) (2003): *Lenguaje colateral : claves para justificar una guerra*, Madrid, Páginas de Espuma.
- ERIKSSON, MIKAEL y otros (2003): «Special Data Feature: Armed Conflict, 1989-2002», *Journal of Peace Research*, 40(5), 593–607.
- FISAS, VICENÇ (1998): *Cultura de paz y gestión de conflictos*, Barcelona, Icaria.
- GALTUNG, JOHAN (1993a): «Los fundamentos de los estudios sobre la paz», en RUBIO, A. (ed.) (1993a): *Presupuestos teóricos y éticos sobre la Paz*, Granada, Universidad de Granada: 15-46.
- GALTUNG, JOHAN (1993b): «Paz», en RUBIO, A. (ed.) (1993b): *Presupuestos teóricos y éticos sobre la Paz*, Granada, Universidad de Granada: 47-52.

- GALTUNG, JOHAN (1996a): «Peace and Conflict Research in the age of the cholera: ten pointers to the future of Peace Studies», *International Journal of Peace Studies*, 1(1), 25-36.
- GALTUNG, JOHAN (1996b): *Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict Development and Civilization*, London, Sage/International Peace Research Institut,Oslo.
- GALTUNG, JOHAN (1998): *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Gernika Gogoratuz, Bakeaz.
- GLEDITSCH, NILS PETER y otros (2002): «Armed Conflict 1946-2001 : A New Dataset», *Journal of Peace Research*, 39(5), 615-637.
- HELD, DAVID (2003): «Una vuelta al estado de naturaleza», *Papeles de cuestiones internacionales*(82), 11-16.
- KALDOR, MARY (2001): *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.
- LEDERACH, PAUL (1995): *Preparing for Peace: Conflict Transformation Across Cultures*, Syracuse (NY), Syracuse University Press.
- MARTÍNEZ GUZMÁN, VICENT (2001): *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria.
- MUÑOZ, FRANCISCO A. (2001): *La paz imperfecta*, Granada, Universidad de Granada.
- NÚÑEZ VILLAVARDE, JESÚS A. y FRANCISCO REY MARCOS (2003): *Iraq en su laberinto: apuntes para una salida*, Madrid, CIP/IECAH  
<http://www.fuhem.es/cip/donantesiraq.html> [Consulta 22/10/2003].
- PNUD (1997): *Informe sobre desarrollo humano 1997*, Madrid, Mundi-Prensa.
- PNUD (2003): *Informe sobre desarrollo humano 2003*, Madrid, Mundi-Prensa.
- SPONSEL, LESLIE E. (1996): «The Natural History of Peace: The Positive View of Human Nature and Its Potential», en GREGOR, T. (ed.) (1996): *A natural history of peace*, Nashville and London, Vanderbilt University Press: 95-125.
- STERN, JESSICA (2001): *El terrorismo definitivo*, Barcelona, Granica.